

Verano en Atenas

1986, Grecia, Atenas, verano, agosto, mediodía, 40 grados a la sombra. ¡Simplemente espectacular!

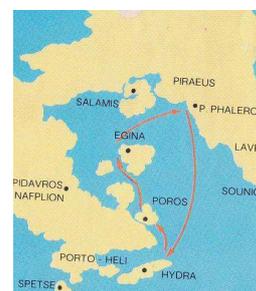
La ciudad se encuentra sumergida en una resplandeciente y brillante luz solar. El aire centellea y ofrece imágenes borrosas aquí y allí. Huele a agua de mar y a mejunje urbano. En las calles pueden verse pequeñas superficies con agua en la distancia que parecen auténticas pero solo son espejismos. Los dinámicos atenienses fluyen alrededor de los tranquilos turistas como un banco de peces en los arrecifes. ¡Todos sudan!

Es EL mes de vacaciones de verano y quien puede o a quien se lo permiten huye de los altos hornos a una de las miles de playas griegas, o a casa de parientes en el campo o en la montaña. En lugar de formarse atascos, el tráfico hasta aquí fluye excepcionalmente incluso en las horas de mayor frecuencia.

Se empieza a respirar con más tranquilidad después de que a las dos horas del mediodía los que se retrasan hayan dejado sus oficinas y negocios completamente climatizados para echarse una siesta, y se compriman en sus viviendas residenciales. Pero incluso cuando solo algunas de las 10°000 personas de la ciudad salen, para un pueblerino esto parece una afluencia masiva. A las tres horas fluye de nuevo la vida dinámica hacia el corazón de la ciudad.

La ciudad late en un horno. ¡Y me encanta!

En una mañana de verano tan espléndida nos pusimos en camino los tres: Alex, Tina y Toni, con un *tour* de un día hacia las islas Saronicas: Hydra – Poros – Egina. Parece estresante pero, debido a la cercanía inmediata entre las tres islas al continente, es una visita relámpago agradable.



Para nuestras vacaciones tan poco comunes debemos levantarnos temprano, ir a la ciudad y coger el bus a Paleo Faliro, el puerto de Atenas, donde nos espera nuestro pequeño barco hacia las islas. Como un imán, parece que las personas se desplazan desde todas direcciones y se apropian unos tras otros del arco y de la popa del muelle. Con cada uno de los goteos aumenta la fuerza de los griteríos. Aunque griegos e ingleses predominan, nuestro barco está lleno de un potaje de lenguas europeas, aliñado con algunos afortunados de lejanos campos árabes o norteafricanos. Aunque nos distinguimos por nuestra lengua materna, todos tenemos algo en común. Todos somos turistas con el objetivo de tener un día de viaje cargado de acontecimientos.

De ahí que el ambiente después de zarpar fuera alegre, relajado y lleno de ilusión por nuestra primera parada: ¡Hydra!



Cerrado al tráfico, sin complejos hoteleros, sin turismo masivo y, sin embargo, inundado de enjambres de turistas durante los meses de verano. Apenas al llegar, o bien se daba algo gratis en tierra, o bien aquel lugar ofrecía una oportunidad única, porque la gente salió como un torrente.

No obstante, pudimos observar este fenómeno de evacuación repentina también en dos desembarques posteriores. Sin embargo, probablemente se tratara de un efecto del tiempo limitado en el lugar.



Más que un fructuoso paseo sobre el muelle y a través de los angostos callejones del casco antiguo colindante, acompañados de helados griegos y algunas pequeñas compras, no resultó comprensible. Pero bastó para captar el encanto de la ciudad, establecer algunas impresiones y el deseo de plantearse regresar alguna vez y permanecer más tiempo en todos los retiros.

A continuación, fuimos hacia Poros, la más pequeña de las tres islas y, por eso, también la estancia más corta en nuestro día de excursión. Solo a un tiro de piedra de la costa del Peloponeso. En consecuencia, el muelle se inundó rápidamente con nosotros y fuimos hacia el puerto y el casco antiguo. Aquí también había instantáneas de los botes de pesca, de casas antiguas, hombres en kafenios e hileras de tabernas y tiendas. El sueño pintoresco de una vida sin aparentes preocupaciones en blanco, azul y marrón claro, bañado por la luz deslumbrante del sol de mediodía helénico. Las horas en la isla transcurren de forma diferente.

La última etapa del viaje nos llevó hasta Egina. Como segunda isla más grande del Golfo Sardonico, está situada casi en el centro, entre el continente Ático y la península del Peloponeso. Esta vez se daba a elegir entre el *tour* usual de visita y compra, bañarse en el mar o una excursión al Templo de Alfaya, diosa de la fertilidad. No obstante, para mí el destino tenía otros planes. Y el detonante fue una amarra. Una parte de las cuerdas, que habían caído desde el barco por la borda y que yo recogí para volver a colocarlas en su lugar y que así nadie tropezara con ellas.

Me agaché para alcanzar el cabo pero no se desplazaba más hacia arriba. De un momento a otro tuve un bloqueo total de la musculatura de la espalda y un dolor punzante en el nervio ciático desde la pierna hacia abajo. Rigidez por el *shock* en la cara de mis acompañantes, interrogación en la cara de mi hijo y sacudidas de cabeza de la gente alrededor. La causa era que yo todavía estaba sujeto a la borda y me había sentado con la primera oportunidad que se presentó. Aunque no era la primera vez que me ocurría algo parecido, por lo general se trataba de un proceso más largo con una carga previa. Impredecible y de tal violencia no solo era algo nuevo para mí, sino que literalmente tenía tatuada la propia sorpresa en la frente. Después de que el barco de vapor de la excursión hubiera amarrado en Egina y el flujo de pasajeros que nos rodeaban se hubiera apiñado en tierra, el aburrimiento nos mortificó a bordo. Envié a mi mujer e hijo a la playa y subí por una escalera de hierro a la pared del puerto en el mar con la esperanza de que desaparecieran la leve ingravidez y la relajación inherente del calambre. Desgraciadamente, este intento resultó en vano. Luché por volver en ángulo recto de nuevo hacia nuestro bote turista, me aferré a una silla más o menos cómoda, esperé hasta que todos, incluso mis dos acompañantes, se presentaran y pusiéramos rumbo a Atenas.

Nuestro hijo ya había puesto a su madre al rojo vivo en la playa porque no quería estar más tiempo en el agua y ahora estaba, abusando de mi inmovilidad, en la cubierta fuera de quicio; lo que a mí, todavía luchando contra el dolor, me puso aún más furioso. De nuestros compañeros de viaje nuevamente solo cosechamos falta de comprensión.



Por eso, nos sentimos aliviados cuando finalmente habíamos arribado a nuestro puerto de origen y nos sentamos en el autobús en dirección al centro.

Tras dejar el autobús, tuvimos que encontrar un taxi que nos llevara a nuestro alojamiento vacacional. No fue empresa fácil con el tráfico vespertino de la gran ciudad. Al parecer, dábamos una lastimera imagen literaria de *El Jorobado de Notre-Dâme* de Víctor Hugo, en la que mi mujer representaba a Esmeralda con niño y yo, jorobado y con las rodillas torcidas, al Jorobado. Puesto que un policía que observaba el tráfico en el extremo del bordillo se había percatado de nuestros inútiles esfuerzos, brincó de repente entre los coches que circulaban por la vía izquierda, con una estridente señal de alarma de su silbato y con el brazo en alto, directamente hacia un taxi libre, lo sacó como por arte de magia del interminable flujo metálico y lo dirigió justo hasta nuestros pies.

Al montarnos levantamos la mano para darle las gracias y él respondió con el mismo gesto antes de dirigir su atención de nuevo hacia la multitud.

Al final permanecí tumbado casi una semana antes de que, tras inyecciones y pastillas, pudiera moverme de nuevo hasta cierto punto y no pudiera asistir a la boda de un amigo.

Los únicos recuerdos de nuestra excursión se desvanecieron considerablemente en los últimos 30 años. Pero la imagen del servicial policía griego, que se precipitó valerosamente en el desmesurado tráfico para ayudarnos a tener la oportunidad de viajar en coche, se ha grabado a fuego en mi conciencia para siempre.

de AnA (seudónimo) - Alemania

Traducción del alemán al español realizada por la iniciativa PerMondo, con ayuda de la agencia de traducción Mondo Agit. Traductora: Teresa Rodríguez Fuentes.
Revisora: Eva Alejandra Rodríguez Ruiz.